

“Odio las quemaduras, siempre las he odiado”

Sergio Gabriel Carbia¹ y Verónica Andrea Malah²

Mis músculos reaccionan, aunque esta vez no son lo bastante rápidos y la bola de fuego cae al suelo junto a mí, no sin antes deslizarse por mi pantorrilla derecha. Ver la pernera del pantalón en llamas me hace perder los nervios: me retuerzo y retrocedo a gatas, chillando, intentando apartarme del horror. Cuando por fin recupero el sentido común, hago rodar la pierna por el suelo, lo que sirve para apagarlo casi todo. Sin embargo, en ese momento, sin pensar, me arranco la tela que queda con las manos desnudas.

Me siento en el suelo, a pocos metros del incendio que ha causado la bola. La pantorrilla me arde y tengo las manos llenas de ampollas rojas; tiemblo demasiado para moverme.

El dolor de las manos no puede compararse con el de la pantorrilla. Odio las quemaduras, siempre las he odiado, incluso las pequeñas de sacar una sartén de pan del horno; para mí es la peor clase de dolor, aunque nunca había experimentado nada como esto.

Estoy tan cansada que ni siquiera noto que me encuentro en el estanque hasta que el agua me llega a los tobillos. El agua viene del arroyo que sale de una grieta en las rocas y está fresca, así que meto las manos dentro y siento un alivio instantáneo. ¿No es lo que siempre dice mi madre? ¿Que el primer tratamiento para una quemadura es el agua fría? ¿Que así se absorbe el calor? Pero ella se refería a quemaduras leves, como las de mis manos.

Mi pierna necesita atenciones, pero no me atrevo a mirarla. Entonces recuerdo a mi madre decir que si una herida es grave, la víctima a veces no siente el dolor, porque los nervios quedan destrozados.

¿Debería seguir moviéndome? Si continúo alejándome del fuego, ¿no iré directa a las armas de los profesionales? Además, cada vez que levanto la pierna del agua, el dolor vuelve con energía renovada y tengo que meterla de nuevo.

Me dejo caer sobre la mochila, vencida por el sueño. “Si los profesionales me quieren, que me encuentren –pienso antes de quedarme dormida–. Que me encuentren”.

Y vaya que sí me encuentran.

En cualquier caso están acercándose como una jauría de perros salvajes, así que hago lo que he hecho siempre en tales circunstancias: escojo un árbol alto y empiezo a trepar. Si correr duele, trepar es atroz, porque no sólo requiere esfuerzo, sino contacto directo de las manos con la corteza (*Dermatol. Argent.*, 2015, 21 (4): 316-317).

Fecha de recepción: 14/04/2015 | **Fecha de aprobación:** 19/08/2015

¹ Docente adscripto en Dermatología (UBA)

² Médica especialista en Reumatología (UBA)

Correspondencia: Sergio Gabriel Carbia. dermatopenna@gmail.com



Suzanne Collins

(Estados Unidos, 1964)

Tras graduarse en la Universidad de Indiana en arte dramático y telecomunicaciones, inició sus trabajos como guionista en programas de televisión para niños. Posteriormente comenzó su actividad literaria con la saga de libros infantiles de Gregor (2003/2007), y abandonó luego este personaje al año siguiente con la creación del primer libro de la trilogía *Los juegos del hambre*, que le otorga un éxito inusitado de ventas y la fama mundial.

De su obra literaria destacan *Las crónicas de las tierras bajas* (pentalogía), *Los juegos del hambre* (trilogía), *Cuando Charlie McButton perdió el poder* y *Un año en la selva*.

Los juegos del hambre se basan, según expresión de la autora, en el mito griego de Teseo, el hijo del rey que se ofrece como voluntario de la ciudad de Atenas, que en castigo por hechos del pasado es obligada a enviar periódicamente 7 hombres y 7 mujeres vírgenes a Creta para ser soltados en el laberinto, donde son devorados por el minotauro. Así la autora crea Panem, un lugar en Norteamérica que surge tras la destrucción del planeta por la guerra, estructurados en el Capitolio, donde viven las autoridades, y 12 distritos vasallos. Estos últimos, en castigo, deben enviar un adolescente de cada sexo, denominados tributos, que combaten hasta morir en una arena montada a tal fin y filmados a través de cámaras ocultas para su difusión televisiva en vivo tipo *reality show*, hasta que quede un vencedor. De ahí el nombre de Panem, surgido de la expresión panem et circenses (pan y circo), que representa los tributos de los gladiadores romanos obligados a matarse como entretenimiento popular.

Al comentar la anécdota de su editora que la llamó un día rogándole que no matara a un determinado personaje, ha expresado: “Cuando escribes una historia como *Los juegos del hambre* tienes que aceptar desde el principio que vas a matar a algunos personajes. Y es horrible hacerlo, es horrible escribir sobre ello, sobre todo cuando se trata de alguien vulnerable o joven, o a quien has aprendido a amar mientras escribías sobre él”.

Bibliografía

Collins S. *Los juegos del hambre*, 1º edición, Del Nuevo Extremo, Buenos Aires, 2013, 191-196.